

INVESTIGAR, EN CIENCIA O EN ARTE, NO ES MUCHA LA DIFERENCIA

Carlos Eduardo Maldonado

La investigación es un fenómeno nuevo en la historia de la humanidad. Ciertamente que en la Grecia antigua existía ya la *setemi* o también *epheuriskousin*, para designar indistintamente “investigación” o “descubrimiento”; *epheuriskousin*, descubrimiento, perfectamente distinto al desvelamiento: *alétheia* – que es habitualmente entendida también como “verdad”.

La investigación forma parte de esa libertad adquirida, después de siglos de control del conocimiento durante el medioevo, y posible gracias al Renacimiento. Originariamente, los dos términos más antiguos que le dan nacimiento son la *enquiry*, proveniente del francés *enquerre* cuyo verbo es *enquérrir* cuya fecha de nacimiento es, verosíblemente en 1690. Más antiguo, el término *research* proviene también del francés *recherche*, cuya fecha de nacimiento se sitúa, primero en 1530 y luego también en 1570, en pleno *Cinquecento*. Nació, así, un término en cuya raíz está el errar como el andar libremente, a la deriva abierto a las cosas del mundo y buscando también aquello que es digno – de asombro.

Nadie piensa bien, nadie hace arte, filosofía o ciencia si, al mismo tiempo y como condición a la vez, no lleva a cabo investigación. Naturalmente que no todos los seres humanos tienen por qué investigar, aunque sí sería deseable que pudieran estar abiertos al tema. La investigación es ante todo

una actitud, una forma de vida, un estilo de vida, y no un trabajo o labor. Dicho en términos fuertes, nadie que trabaje investiga, pues no puede tener esa disposición de espíritu abierta para que las cosas nos generen asombro, y entonces pueda haber una inflexión en la forma como se llevaba la existencia.

Así las cosas, investigar supone, de entrada, un estado de mente abierto, un estado de espíritu abierto; algo que se dice fácilmente pero que es sumamente difícil de llevar a cabo. Al fin y al cabo, las gentes tienen ya, siempre, de entrada, una serie de facticidades: un sexo, una lengua materna, una familia, una tradición social o nacional, una religión, un credo o una espiritualidad, pertenecen a un entorno social bien determinado, y adquieren así, espontáneamente, numerosos pre-juicios y pre-conceptos, que en numerosos casos serán suficientes para “entender” el mundo (a su manera), esto es, prejuiciadamente. En esto consiste ser occidentales, y en esto también consiste ser deductivos o hipotético-deductivos, a saber, en tener pre-conceptos, y regir la existencia a partir de esos pre-juicios. Atávicamente, el mundo debe conformarse a nuestros pre-conceptos, y si ello no es así: tanto peor para el mundo.

La investigación implica un cuestionamiento radical de las facticidades de la existencia y del mundo (= nada va de suyo;

nada es normal; nada está dado, y ciertamente no de una vez y para siempre). Y aunque jamás se haya dicho explícitamente –específicamente en ese ámbito que genéricamente se denomina “metodología de la investigación”, la investigación no se puede enseñar; tan sólo se la puede aprender. La historia del arte es, al respecto, bastante más ilustrativa que la de la ciencia.

De manera clásica, el artista se forma(ba) en el taller del maestro (perdón las mujeres), cumplía distintas tareas, desde comprar materiales, traer y llevar recados, hasta empezar a mezclar colores. Durante un tiempo se dedicaba a ser copista, y sólo luego de una larga práctica, el maestro decidía: a) si el aprendiz podía ser ayudante; b) si podía pintar –o dibujar, o esculpir–, por sí mismo. Esta historia ha sido narrada numerosas veces; desde la historia del arte, desde los estudios y las biografías sobre artistas, es decir, desde el punto de vista de los grandes creadores.

La investigación existe en productos (de investigación) y da lugar al nacimiento de productos de investigación. Estos productos, dicho genéricamente son de dos tipos: tangibles e intangibles. Los importantes, para los efectos de este texto, son los productos tangibles, que se expresan en, según el caso, artículos, capítulos de libros, libros, novelas, composiciones musicales, poemarios, esculturas y demás. Nadie que investigue y no produzca productos, no investiga.

El tema sensible consiste en el reconocimiento expreso de que el buen artista o investigador produce obras, pero una vez producidas, las mismas ya no le pertenecen. Sobrepasan a cada quien y los productos entran a pertenecerle al mundo; así estén publicados, tengan, por ejemplo, ISBN o doi, u otras características semejantes. El destino del investigador es el de ser productor de productos, que ya no le pertenecen y que hablan por sí mismos, independientes del autor (o autora). Análogamente a lo que son los hijos. Los hijos de los investigadores son sus obras, sin más ni más.

Varios ejes articulan una buena investigación. De una parte, manifiestamente, existe un muy sólido conocimiento del estado del arte; esto es, la historia tanto como los desarrollos actuales en curso alrededor del mundo entero y, por tanto, desde luego, en el país, en cada caso. Esta exigencia no admite dilaciones, tanto menos en el contexto de la sociedad

de la información y con la existencia de extensas, profundas y numerosas bases de datos de toda índole.

Al mismo tiempo, de otra parte, sobre la base del conocimiento del estado del arte, el elemento más importante consiste en el uso de la imaginación, la fantasía, los experimentos mentales, las pompas de intuición y los actos ideatorios – diversas maneras de apuntar en una misma dirección. He sostenido que la *conditio sine qua non* se puede llevar a cabo investigación sobresaliente, es la imaginación. Ella nos permite crear mundos, concebir escenarios, abrir posibilidades, inaugurar horizontes, trabajar con espacios de fase, en fin, romper, por así decirlo, los márgenes, siempre restrictivos de lo real, lo actual, lo dado tanto como lo sido y lo habido. Este aspecto comporta un elemento psicológico y emocional importante, a saber: nadie que se dedique a la investigación no cree que las cosas pueden ser mejores, diferentes, y que el mundo no se reduce ni a los hechos ni a los datos. En una palabra, sin ningún dejo psicologista, se trata de un aspecto de optimismo: otro mundo, otra sociedad, otras experiencias, otras realidades son posibles.

Cabe destacar un tercer eje común a la investigación en ciencia tanto como en arte en términos de creatividad. Se trata de la capacidad de apuesta, desafío, riesgo por parte del investigador, que en la Grecia arcaica se designaba como *hybris* (exceso). La *hybris* era una experiencia, antes que una concepción, o bien a la que se abandona el artista o científico (o filósofo) o bien que, literalmente, posee al investigador. No es un acto consciente, deliberado y racional, sino una entrega que jalona el trabajo creativo y que encuentra sus raíces en alguna parte del cuerpo, y casi nunca en la mente, a la manera de un proceso racional, consciente y cognitivo. A partir del romanticismo, y en el marco de una lectura existencial, Jaspers (2001) expone el tema en términos de *genio* y *locura*, para cuyo estudio se concentra en los casos particulares de Strindberg, Schwedenborg, van Gogh y Hölderlin. Una buena investigación no es muy diferente, dicho en otras palabras, a una especie de ludopatía (Maldonado, 2018); esto es, justamente, una pérdida de sí mismo por parte de cada quien en el acto y el proceso, al cabo de los cuales, sorprendente y paradójicamente el creador se encuentra a sí mismo; se encuentra a sí mism@ en la obra producida, que es más

que toda la pléyade de sus historias y características personales.

Quisiera decirlo en otros términos: el verdadero investigador no sabe de sí mismo, y ciertamente no a la manera de toda esa tradición que, acaso erróneamente se remonta al consejo délfico y que expresa Sócrates: *gnothi seautón*: conócete a tí mismo. Dicha tradición inaugura toda una historia de individualización, subjetivismo con todas sus variantes y matices y desemboca en una imagen errónea del mundo y la naturaleza. El triunfo de esa tradición consiste en la invención del yo, acaso la creencia más importante de la humanidad occidental; pero con ello, también la creencia más peligrosa y perniciosa de todas. El yo ata a cada quien, y se sitúa en las antípodas de la creatividad en el sentido al mismo tiempo más fuerte pero amplio de la palabra que define a lo mejor de la historia del arte, la ciencia, la filosofía, y en general de la cultura del espíritu humano.

Si recordamos en el marco de la *vita activa* de Arendt (cfr. *La condición humana - vita activa*, originalmente publicado en 1958) las distinciones entre trabajar, laborar y actuar, la investigación, propiamente, no entra en ninguna de ellas. Los investigadores, en el sentido más prestante pero fuerte de la palabra no son trabajadores, empleados y “colaboradores” (sic). Esto significa exactamente que, en contraste con la tripartición de Arendt, investigar es un estilo, una forma, de vida. Por consiguiente, no sabe de horarios, de lugares, de *principium realitatis*. Lo mejor que se acerca a las ideas arendtianas es la acción como el investigar. Este reconocimiento exige una observación fuerte.

La inmensa mayoría de “investigadores” no son tales. Hacen, sencillamente la tarea; así tengan títulos de maestría, de doctorado, trabajen en centros e institutos de investigación, publiquen, participen en redes y demás. Investigar no es simple y llanamente publicar, o llevar a cabo exposiciones, escribir cuentos y novelas, y otras actividades semejantes. La investigación consiste, simple y llanamente, en la apuesta más grande pero menos pública de todas, a saber: llevar a cabo una obra (con mayúscula o sin ella).

Los artistas en general son muy dados a hablar de su producción como de una obra. No hay, desde luego, absolutamente ningún inconveniente al respecto. En ciencia como en filosofía, difícilmente se escucha, se observa una expresión

semejante. Y cuando sucede, es, análogamente al sentido de la felicidad entre los griegos antiguos, sólo al final del día. Cuando en propiedad puede decirse si se ha sido feliz –se ha conocido la felicidad- y se ha realizado una obra. Es más, específicamente, nunca es cada quien por sí mismo quien define si lo suyo es o ha sido una obra. Siempre son los demás: los pares, los colegas, la sociedad, los círculos propios y ajenos, en fin, el mundo quienes así lo establecen. La racionalidad de cada quien nunca la define cada uno por sí mismo, sino, siempre son los demás quienes la establecen. Lo contrario, es la obra del dictador o el orate; punto.

Un auténtico investigador no sabe de sí mism@, carece de yo en el sentido más plano y socio-cultural de la palabra, y se debe enteramente a su obra. Basta con echar una mirada a lo mejor de la historia del arte, de la historia de la ciencia y de la filosofía. De manera genérica, por ejemplo, a propósito de las trilogías, ya clásicas, de Boorstin, cabe distinguir a los pensadores, los creadores y los descubridores. Epitomes de un estilo de vida dedicado al conocimiento, a la creatividad, a la exploración y la búsqueda y puesta en escena, por así decirlo, de siempre nuevas y distintas posibilidades. Manifiestamente, la excepción en la historia de la familia humana y, sin embargo, aquellos que han nutrido al espíritu humano, la historia de ese invento de la naturaleza que es la experiencia humana; singular, transitoria, pero apasionante. A la manera del experimento de Sagan, se trata de aquellos que hablan en nombre de la especie humana. Digámoslo expresamente: no los poderosos, los tomadores de decisión, los acaudalados; no los guerreros y militares, los sacerdotes de todos los colores, los opulentos – que siempre, son indiferentes e ignorantes con respecto al conocimiento y a la vida, sino, muy por el contrario, los artistas y los pensadores, los creadores y los inventores, los exploradores y los viajeros, los aventureros y los descubridores.

La investigación es una excepción en el abanico de las formas de vida y los estilos de vida de los seres humanos. Y sin embargo, es evidente que ha existido, desde siempre, una pedagogía hacia la investigación, y una propedéutica para la misma. Esto es, las puertas han estado abiertas para quien quiera acceder al núcleo duro del mundo de las artes y el pensamiento. Desde los sabedores y chamanes hasta los *senseis* y los *swamis*, desde los gurús y los doctores hasta los

profesores y los propios investigadores, de forma individual y selectiva, o bien mediante procesos colectivos y más abiertos; el conocimiento implica, siempre, la dúplice alternativa del árbol de la vida y el libro de la vida (con o sin mayúsculas).

El conocimiento es uno de esos pocos bienes que compartimos y sin embargo no nos quedamos con menos; todo lo contrario. Las cosas importantes en la vida son las que otorgamos a otros, las que compartimos, en fin, vivimos con otros, y logran enriquecerlos a ellos y, sin que sea la finalidad, en manera alguna, terminan por enriquecer también a cada quien.

En el mundo nunca nada sucede. Las noticias hay que crearlas; los casos de inocencia o culpabilidad hay que construirlos. Siempre estamos abocados a aportar pruebas, evidencias, demostraciones, a elaborar nuevos relatos sobre el mundo y las cosas y, sin embargo, al mismo tiempo, el mundo se constituye de relatos que son suficientes por sí mismos, en numerosas ocasiones. Si los sistemas vivos fueron la mejor solución que el universo inventó para resolver el problema de la entropía, los sistemas vivos le agregan un *plus* al universo que este no tenía jamás anteriormente; esto es, antes de cada quien, antes de cada cual, antes de cada experiencia y existencia. Cuando la existencia suma, por así decirlo. Y suma porque no se debe a sí misma.

La existencia, bien vivida, no es una finalidad en sí misma. No existe un propósito determinado, y ciertamente no de antemano en la vida. He aquí una idea claramente contrainstitiva frente a la historia y la cultura habidas y normales. Más exactamente, nadie existe para sí mismo, ni tampoco para sus pequeñas cosas. Todo aquello que constituye el lenguaje y que se expresa mejor, quizás, en inglés con la expresión: *little talk*. Esa forma de vida que gira en torno al comercio, a las ganancias, a la eficiencia, la eficacia, el crecimiento, el desarrollo y el consumo; ayer u hoy; con una expresión o en cualquier traducción equivalente; que es cuando se llenan vacíos con palabras; en realidad con pequeñas palabras, todas insignificantes. Nada más ajeno a la fina sensibilidad de las buenas artes y del pensamiento refinado. Manifiestamente que la evolución tiene lugar, siempre, y en todas las escalas, a nivel local, pero ello sucede precisamente en medio de paisajes rugosos adaptativos. En otras palabras, toda acción y

toda decisión siempre es local, pero en el marco de creación de posibles adyacentes.

Pues bien, lo anterior significa, de cara a la investigación que ésta es un proceso esencialmente abierto e inacabado (*open-ended*). Como la vida misma. La investigación va produciendo obras diferentes –digamos: cuadros, libros, conferencias, artículos, composiciones musicales, y demás-, pero siempre el investigador va a la búsqueda de una obra aún mejor. Aquella estuvo bien; esta otra acaso no tanto; pero siempre es posible otra y otra más. La savia de la vida para el investigador consiste en la búsqueda de una obra nueva; en ocasiones, acaso, desiderativamente, mejor que las anteriores.

El verdadero drama tiene lugar cuando un investigador ha logrado, por así decirlo, tocar el cielo con las manos. Cuando, por ejemplo, ha ganado el premio Nobel (o algo semejante), cuando ha logrado un reconocimiento que, en el paisaje social y cultural puede decirse que quizás sea el máximo posible. No solamente, allí comienza el descenso, el declive, sino, peor aún, ya no tiene acaso metas mejores o más altas o más excelsa que alcanzar. Al cabo del tiempo, sólo queda esperar la muerte. La historia está llena de relatos en este sentido. Si el investigador alcanza la obra, tienen lugar esta serie de vicisitudes; y si no la alcanza, el drama no disminuye menos. La *hybris* jalona y absorbe el trabajo del investigador y su propia existencia. Sin angustias, sin pesares, pero también sin tragedia.

La vida como la investigación consiste en la paradoja de la búsqueda de la obra “perfecta”, a la manera de Wilde, del relato de la *Metamorfosis* de Ovidio, o del también ya clásico de Shaw, sabiendo o intuyendo que cuando se alcance habrá terminado, la indeterminación y el artista o científico habrá conocido su determinación final. Que es cuando conoce, al final del día, el final de la luz del planeta. Quizás la más hermosa y apasionante de todas las paradojas. Goethe y Mann ya la cantaron, cada uno a su manera, por no mencionar a Wagner o a Vasari, por ejemplo.

Particularmente en el campo de las artes una antología o una compilación de los textos dedicados a los procesos de creación sería necesaria, particularmente para los jóvenes. Ya las diferentes compilaciones existentes de los discursos de los premios Nobel –en literatura o en ciencia- hacen un gran

favor al respecto. Pero una mirada desprevenida, aquí o allá, a Wolf o a Pamuk, a Rilke o a Coetze, la correspondencia de van Gogh o los textos de Vasari, por ejemplo, pueden ser ilustrativos. Con una observación puntual.

Las reflexiones, por así llamarlas, sobre los procesos de creación, investigación y todo su mundo, en ciencia suceden –cuando tienen lugar- tan sólo al final del día, cuando un científico determinado ya ha alcanzado el reconocimiento pleno. Nunca antes. La razón, es que reflexiones semejantes –y sobre diversos asuntos del mundo- pueden ser contraproducentes para la carrera académica e investigativa del investigador. Simple y llanamente no se le permite una “veleidad” semejante; eso podría costarle la cabeza. Exactamente en este sentido son cuantitativamente bastante menos las contribuciones de la ciencia que las del arte; aun cuando, particularmente en la historia del siglo XX y XXI, las artes sí han contribuido activamente en esta dirección¹.

La sociedad tiene derecho a conocer los avatares y las tragedias, las alegrías y las disonancias, los serendipitis y las casualidades, los pormenores y las trasescenas, los abismos y las cordilleras de los procesos creativos. En ellos se exhibe el crisol más puro del espíritu humano. La lucha contra el destino o el aprovechamiento del mismo, el siempre ineludible papel de la diosa Tyché y sus proporciones y condimentos, los esfuerzos, los sufrimientos muchas veces, pero siempre el valor del espíritu. Un investigador –esto es, exactamente, un creador- es alguien –en el sentido más fuerte pero prístino de la palabra- que jamás se da por vencid@. Margulis o García Márquez, Beckett o Darwin mismo, Copérnico y sus miedos o Möbius, ya cerca de sus ochenta años, por ejemplo, son algunos casos en los que vemos una existencia que no sabe de desesperanzas y jamás las aprende, que no sabe de fracasos y errores porque más allá de ellos emergen horizontes y posibilidades; y si no emergen, entonces hay que crearlos. Intentarlo una vez y lograrlo con buena fortuna y mucho esfuerzo; o bien intentarlo varias veces y mantener siempre el optimismo en alto – el optimismo, que está muy lejos de ser un acto consciente, racional y deliberativo.

La buena investigación no se hace jamás sin la cabeza; pero nace, se nutre y se sostiene en alguna instancia recóndita, ctónica en el cuerpo mismo. Para algunos en el hígado, para otros en el corazón, otros más en el vientre, y para casi todos sencillamente desde donde se pueda o suceda. La cabeza –la mente, si cabe- sirve para las técnicas, las habilidades, los estados del arte, y definitivamente para los detalles y los acabados. Pero la intuición, la idea o el mapa emergen –muchas veces sin que se sepa bien cómo; en sueños o en instantes, en asociaciones libres o en vecindades de lo que se trabaja-, proceden de instancias subterfugias en los fondos de la existencia misma. Por esto mismo debemos estar abiertos a los lenguajes del mundo y de la vida. Que usualmente no son los lenguajes explícitos de la cultura y la vida cotidiana en el sentido plano de la palabra.

Investigación no es un estado; es un proceso. Por consiguiente, siempre esencialmente inacabado, incompleto. Los procesos de investigación –esto es, de pensamiento, descubrimiento, creación- no son, simple y llanamente, otra cosa que procesos mismos de juego, experimentación, ensayo-y-error, perfeccionamiento, intento-y-volver-a-intentar, y varias otras formas próximas y semejantes. Exactamente desde este punto de vista, no hay diferencia alguna, en absoluto, entre ciencia y arte. Se trata de experiencias de creación del espíritu por parte de sí mismo, y mediante los cuales se inventan y se explayan experiencias, sensaciones, emociones, sensibilidades, ideas y conceptos, en fin, espacios y dimensiones antes inopinadas, inauditas, inimaginadas e inexistentes. Así las cosas, la investigación consiste en la capacidad de estar siempre abiertos a la sorpresa. A nadie ama la diosa Tyché tanto como al investigador porque él o ella es al mismo tiempo, quien se esfuerza y acierta, quien se entrega, acepta y se sacrifica, y ello sin criterio alguno de tipo sacrificial; paradójicamente (de nuevo).

El mundo, el universo y la vida no existen. Son sencillamente un proceso de autodescubrimiento, autopoiesis y autoorganización que va emergiendo, paulatinamente o de manera imprevista y súbita; sin planes, sin anticipaciones, sin programa alguno. El universo como la vida, como la ciencia y el arte se van descubriendo a sí mismos en el proceso de su despliegue. Pues bien, una de las acepciones originarias del despliegue es “complejidad” – como en las flores, como

en la morfogénesis, como en la morfología, por ejemplo. Desde luego que va habiendo una historia, pero ella está siendo escrita a cada instante por el presente. Jamás desde el pasado. Es el presente el que escribe, reescribe e interpreta el pasado, nunca al revés. En otras palabras, es el presente el que va descubriendo al pasado en cada ocasión, y también, como puede, va anticipando, de alguna manera el futuro; en singular o en plural, para el caso, aquí, da lo mismo.

La más grande invención de sí mismo, por parte de cada quien, es sí mism@. Con una condición, que sepamos aceptar el riesgo y el desafío, y entregarnos, sin ambages ni ambigüedades o ambivalencias, a esa historia de invención y reinención permanente. Vivir significa indeterminarse a sí mismo incesantemente. Para una vida semejante, jamás se llega a estar determinados; ni siquiera en la muerte, pues entonces las obras hablarán –seguirán hablando- por sí mismas. Cuando es el caso.

Carlos Eduardo Maldonado
Universidad El Bosque
ORCID: 0000- 0002-9262-8879

Referencias

- Gombrich, E. (2002). *Arte e ilusión. Estudios sobre la psicología de la representación pictórica*. Phaidon.
- Gombrich, E., Eribon, D. (1993). *Lo que nos dice la imagen. Conversaciones sobre el arte y la ciencia*. Norma.
- Jaspers, K. (2001). *Genio artístico y locura*. Acantilado.
- Maldonado, C. E. (2018). La investigación como ludopatía, en: *Pacarina del Sur*, (37). <http://www.pacarinadelsur.com/home/alma-matinal/1677-la-investigacion-cientifica-como-ludopatia>
- Ordine, N. (2013). *La utilidad de lo inútil*. Acantilado.
- Vasari, G. (2011). *Las vidas: de los más excelentes arquitectos, pintores y escultores italianos desde Cimabue a nuestros tiempos*. Cátedra.

[1] Una lista sería caprichosa, pero en ella se incluyen, entre otros, las películas: Una mente brillante, sobre J. Nash. El Código Enigma, sobre Turing, Radiactive, sobre M. Curie, la ópera Doctor Atomic, de J. Adams sobre R. Oppenheimer.